

consciente de que su esfuerzo entroncaba, en Cataluña, con el de Capmany, aunque su aprendizaje más inmediato lo había hecho con las corrientes europeas de su tiempo; Vilar procedía directamente de ellas. De ambos aprendí los rudimentos de este oficio. Pero pronto hube de descubrir que había entre nosotros quien había avanzado en el tiempo: una voz poderosa, original y mal entendida hasta entonces, que los jóvenes descubriríamos como un precursor de nuestras preocupaciones y como un maestro a quien acudir en demanda de enseñanza y de consejo. Era, claro está, don Ramón Carande, autor de un gran libro, más citado que leído, que no había alcanzado entre nosotros la difusión y la estima que merecía, al igual que sucedía con su autor, que nunca obtuvo el reconocimiento que se daría a figurones académicos sin merecimientos o a historiadores que, aun teniéndolos, no alcanzaban con mucho a los suyos. En el terreno de la historia académica, su *Carlos V y sus banqueros* vino demasiado pronto, cuando sus colegas cultivaban la más rancia retórica o se contentaban con un positivismo erudito de cortos vuelos. No habrá de extrañar que fuésemos los más jóvenes quienes aprendiéramos a leerlo correctamente y a sacar fruto de sus estudios de historia de España.

Quisiera mostrar hasta qué punto se acomoda don Ramón a estas pautas de la «historia económica» que he querido comenzar definiendo. Lo lógico sería hacerlo a partir de sus libros, desmenuzando sus fundamentos teóricos y poniendo al descubierto la forma en que se articulan. Pero como otros comentarán la obra escrita de don Ramón, yo he querido apartarme de este camino, llamémosle «normal», por lo menos en la práctica cotidiana de nuestro oficio, para acudir más directamente al meollo mismo de su pensamiento a través de una vía más directa y que, por otro lado, me permitirá iluminar unos cimientos profundos de propósitos y objetivos que no siempre aparecen explicitados en la obra científica publicada. Podía haberlo intentado a partir de las muchas conversaciones sostenidas con él. Conversaciones a lo largo del camino, puesto que don Ramón era, como es bien sabido, un maestro que gustaba de hablar andando, durante los paseos a que nos arrastraba, con su insólita energía, a través de las calles de Barcelona o de Sevilla (alguno tengo contabilizado yo desde la parte alta de Barcelona hasta las Ramblas, a sus ochenta años cumplidos, que mediría un kilometraje muy notable). Conversaciones que fluían ágilmente mientras andaba y que, de pronto, eran puntuadas con una detención y un gesto que remachaba un argumento o introducía algo completamente nuevo. Conversaciones también, más reposadas, en el cuartito junto a la puerta de su casa sevillana, en medio de libros y papeles. Pero la memoria podría serme infiel, y no quiero prescindir de las pruebas.

Me basaré, por ello, en otras conversaciones que puedo evocar con toda exactitud: las que quedaron escritas en las cartas de don Ramón, en una correspondencia sostenida a lo largo de diecisiete años, que citaré fielmente, compartiendo con los lectores algo que he guardado todo este tiempo como un caudal del más alto precio, tanto más valioso, en mi opinión, por cuanto don Ramón se expresaba en sus cartas con una pasión que no siempre encontraríamos en sus textos impresos, o en sus alocuciones en público, donde se contenía mucho más, callaba cuando no podía elogiar o desviaba la atención de su persona, ironizando sobre sí mismo y contribuyendo a crear la imagen de un don Ramón Carande bonachón y divertido, que algunos pudieron llegar a creer

un tanto superficial, sin entender que tras esta máscara había un ser humano que tenía una hondura que ellos no llegarían siquiera a sospechar.

¿Qué clase de historia quería don Ramón? Una historia que considerase los datos de la economía, evidentemente, pero también los de las restantes dimensiones del quehacer humano, y que usase de las cifras como instrumento para llegar al hombre, no como una finalidad en sí mismas. Me escribía, así, en un texto que cité en una ocasión parcialmente y que doy ahora en su integridad: «Estimo las cifras imprescindibles, pero me quedo muchas veces sediento y, a la vez, harto, cuando tantos estudiosos nos ofrecen, con cifras exclusivamente, obras que muchos reputan definitivas. La historia la concibo dramática o trágica en su entraña, y no me basta presentir, nada más que en números, las escenas del teatro del mundo. Por eso me quedo frío y aburrido si los hombres no salen a escena en sus páginas y, en ellas, sin bastidores ni bambalinas, los veo actuar y destacarse y sufrir como héroes, o mártires, o suicidas, o payasos y bufones. Y, “tenores y jabalíes”, como protagonistas o en el coro innominado de intérpretes del destino. Que se escriba la historia serenamente o con pasión, depende del punto de vista y del temperamento, pero que nos cuenten lo que dicen las estadísticas y nada más, me deja con frecuencia indiferente».

Consecuente con esta manera de entender, elogiaba en otra ocasión un artículo de historia económica con estas palabras: «Destaca, con menos cifras que otros (parvedad que prefiero) porque escudriña [...] lo que las cifras representan, y en esto encuentro la huella de los hombres, su presencia, tantas veces preterida por los coleccionistas de números». A lo que añadía, refiriéndose a los trabajos de estos últimos: «No estoy en condiciones de juzgarlos y, acaso por eso, casi todos me aburren».

Y no se vea ni asomo de frivolidad en esta indicación acerca del aburrimiento. Don Ramón, que entendía muy bien estas cosas, sabía que no hay signo más claro de que algo nos apasiona realmente, de que estamos ocupados en un trabajo que conecta con nuestras preocupaciones más íntimas —lo que significa, en última instancia, que estamos en condiciones de obtener en nuestra investigación resultados que merezcan la pena—, que el del interés que sentimos por él, que eso significaba ahí la «diversión». Era lo que él mismo había sentido en la larga elaboración de su obra maestra, como me lo decía en una de sus últimas cartas, en mayo de 1986, al referirse a *Carlos V y sus banqueros* con estas palabras: «que tantos años me ocupó y tantas delicias me produjo». A lo que añadía, y servirá para matizar el alcance real de lo que significase «diversión»: «Delicias muy caras, por cierto». O véase, por otra parte, ese consejo que me daba en ocasión en que yo le expresaba algunas dudas sobre el curso futuro de mi propio trabajo: «Creo que, sin empeño competitivo, debe acometer el estudio de todo lo que le interese, que será, sin duda, lo que más le divierta y, por consiguiente, lo que más enseñe a quienes no quieran aburrirse».

Añadiré todavía una cita que puede escandalizar a algunos, pero que me va a servir de puente para ir más allá de esta primera aproximación. Creía más en la dimensión integrada y plural de la historia que en la sesgada y hueramente científica que se nos propone bajo otras coberturas legitimadoras, y lo decía sin tapujos, con estas palabras: «Creo, también, que esos pomposos títulos que dicen abarcar el “área sociológica de las ciencias humanas” —y subrayaba tres palabras de esta expresión para calificarlas

como *tres camelos*— son pura logomaquia y que, si alguna sustancia tuvieran, cabe todo lo que necesitamos en el marco de las viejas Facultades de Letras».

Alguno de ustedes puede pensar que no hay en esto más que el reflejo de una concepción tradicionalista de la ciencia histórica, propia de un hombre que no se ha adaptado a las corrientes de este tiempo. Sabía que algunos podían verlo así, y le constaba que no era justo y que el tiempo acabaría por darle la razón. Lo cual le llevaba a afirmar: «Presiento que muchos historiadores tienen motivos para desdeñar mi concepto de la historia, y hasta llego a presumir (efectiva presunción) que en cuanto envejecan los patrones hoy en boga alguien apreciará en *Carlos V...* lo que hoy parece viejo».

Pero el problema real no debe expresarse en términos de viejo y de actual, en términos de modas. Lo que inspiraba esta concepción de la historia y su exigencia de que en ella se hiciese presente la dimensión humana era su convicción de que la función principal de la investigación y la enseñanza de la historia era la de contribuir a educar y no sólo a instruir; que teníamos que hacer ciudadanos más que historiadores. Me lo decía en términos rotundos, replicando a alguna observación mía acerca del modo de formar historiadores: «y futuros ciudadanos. ¡Sí señor, sí señor! Importa mucho, pero mucho, educar a la gente; importa más aún que instruirla». Afirmación que nos cuesta poco compartir a quienes nos hemos formado en una línea de pensamiento que propugna que lo que importa no es explicar, sino transformar, y que aprendimos hace mucho de un poeta que «lo que no sirve a un hombre, no sirve al hombre: lo que no sirve al hombre, no vale nada».

No se puede pretender una comprensión correcta de esta concepción de la historia de don Ramón, si uno la desgaja de sus ideas sobre la educación, que tienen más que ver con su manera de concebir la sociedad que con las preocupaciones estrictas de orden pedagógico. Don Ramón trataba a los jóvenes y los conocía. Se admiraba en muchos casos de su talante. Decía: «¿Por qué las nuevas generaciones, formadas sin maestros, o informadas, se mantienen despiertas? ¿Quién alienta su vigilia?» Lo cual no significa que todo le pareciese bien. Puesto que era perfectamente capaz de ver el reverso de esta medalla, añadiendo a continuación: «¿Quiénes y cómo (si este aliento persistiera) serán capaces de extirpar la endemoniada sed de dinero de esos jóvenes que se llaman a sí mismos marxistas [...], y de los viejos de cuarenta años, insaciables?» Frase de compleja interpretación, que yo he entendido mucho mejor años más tarde, a la luz de tantas corrupciones que debíamos haber sentido, y que obliga a pensar en el significado real de esas palabras «viejos de cuarenta años», escritas por un hombre que había sobrepasado ya los ochenta y que, evidentemente, no era todavía un viejo. Tras haber dibujado un panorama que podía definirse con esos rasgos mezclados de esperanza y de desánimo, añadía: «Todo ello me tiene, como es lógico, desolado y perplejo».

No creía, además —y le constaba que esa falta de fe era compartida por mí—, que la universidad pudiese remediar este desconcierto. «Lo único claro, me parece, es que nada debemos esperar de la universidad, incluso si expulsase, ¿cuándo?, a los policías, mientras imperen los docentes actuales. En lugar de ¿nuevas? universidades, sin profesores, necesitamos muchos miles de escuelas y maestros. Únicamente cuando lleguen